

CAPÍTULO XXXIII

EN EL CUAL ROULETABILLE Y LA SEÑORA DE MEYRENS
INVITAN A SUS AMIGOS A UN BANQUETE

ALGUNAS semanas después del fausto suceso de la boda, habló mucho la Prensa parisina de un personaje muy mezclado en el rapto de la señorita de Lavardens, hoy señora de Santierne. Los diarios, que primero designaron a este personaje por sus iniciales, acabaron por revelar el nombre. Referíanse a la señora de Meyrens, cuyas numerosas aventuras sacaron de nuevo a colación, entre ellas la de una mala pasada que jugó (digna de la horca) a encopetadas autoridades (huelga nombrarlas), a consecuencia de la cual hubo de presentar la dimisión el director general de Seguridad. En ese escándalo se vió gravemente comprometido un periodista, célebre hasta entre los gitanos (o sea Rouletabille). Y hasta se contó que la policía registró la casa del repórter, selló legajos y cajones, y confiscó un cuaderno, en el cual a cada

paso salía el nombre de la señora de Meyrens (alias *El Pulpo*).

La Epoca desmintió vagamente en un suelto, que no convenció a nadie, estos rumores. Hubo apuestas en los saloncillos de periódicos. ¿Le costaría el cargo al director general de Seguridad? Rouletabille estaba bien parapetado en su diario con la *señora de Meyrens*. Una mañana se supo que el director general de Seguridad había sido nombrado gobernador de una de las más importantes colonias del Africa occidental. El triunfo, pues, de Rouletabille fué rotundo, pero no podía, ciertamente, lamentarlo el director general. En una palabra, todos estaban contentos. Al mismo tiempo, un señor, llamado Croussillat, juez de primera instancia en una pequeña población del Mediodía, fué nombrado, no se sabe por qué especial favor, juez del Sena. El rumor público trajo y llevó un señalado servicio prestado a la señora de Meyrens.

Pero es el caso que no se vió más a la señora de Meyrens, y cuando todo el mundo se preguntaba si por prudencia esa señora no se había alejado de Francia, algunos literatos y magistrados relevantes y algunos amigos de Rouletabille recibieron una tarjeta, en la cual la *señora de Meyrens* y el *señor José Rouletabille* les invitaban a comer.

El caso produjo gran revuelo. Era indudable que Rouletabille quería ostentar a la señora de Meyrens.

Huelga decir cuán severamente se juzgó semejante alarde. Juan de Santierne, que de vuelta de su viaje de novios, apenas quitado el polvo de los zapatos, leyó sorprendido la invitación, fué presa de invencible rabia. Le incitaba a la cólera menos el escándalo de aquella juerga que la osadía de invitarle, no sólo a él, sino de invitar a su Odette.

Tuvo buen cuidado de no decirle una palabra a su mujer, pues ésta a toda costa le hubiera acompañado, y así Juan se presentó solo en Ville d'Avray.

Porque Ville d'Avray era el punto de la cita, en un *chalet* muy conocido, sito a orillas del estanque. Un devaneo de enamorados, al cual Rouletabille invitaba a sus amigos, «quién sabe—se decía Juan—si para anunciarnos su casamiento». Y agregaba suspirando y mirando al cielo:

—¡Ah!, ¡pobre Ivana!

La primera persona con que topó al entrar en el elegante restorán, fué el señor Croussillat.

—¡Cómo!, ¿usted aquí, señor Croussillat? ¿Se le ha invitado a usted también?

—¿Y por qué no? No atisbo por qué no había de invitárseme.

—Usted, usted, honorable magistrado, ¿va usted a comer públicamente con la señora de Meyrens?

—Parece que van a casarse—replicó Croussillat amostazado—, y siendo así, nadie podrá reprocharnos.

—¡Ah!, ¡me lo figuraba!—repuso Juan consternado.

—No sé por qué se conmueve usted. Hay ahí también en la sala contigua al estanque media docena de amigos con una cara... Si se quieren, hay que inclinar la cabeza, ¡qué caramba!

En este momento un mocetón, ordinariamente jovial sin duda, pero ahora melancólico, se dirigió hacia Juan, saludándole por su nombre.

Juan devolvió el saludo y se preguntó dónde había visto aquella cara.

—¿Usted no me reconoce, señor de Santierne?—le preguntó el mocetón—. Permítame que me presente. Soy Nicolás Tournesol..., la arteria principal del fabricante, del consignatario y del comerciante al por mayor; Nicolás Tournesol, presente en Sever-Turn cuando le ocurrieron a usted tantas desdichas... Le vi a usted en el hotel de los Balkanes con José Rouletabille...

—¡Ah!, perfectamente, señor...; me alegro de verle a usted en París... Pero... ¿dónde está Rouletabille?

—Aún no ha llegado, señor... Por eso me quedo... el tiempo preciso para entregarle un paquete cuya custodia me encomendó...

—¿De modo que la señora de Meyrens no le ha invitado a usted?

—Le diré, señor de Santierne... La señora de Meyrens no me ha invitado a un almuerzo que es de sponsales al parecer... pero el señor Rouletabille ha

sido tan bueno conmigo que no me echó en olvido...

—Entonces... quédese usted.

—No... señor de Santierne... no me quedo por la razón que voy a exponerle. En Sever-Turn hice un poco el amor a la señora de Meyrens...

—¡Atíza!

—Y yo aprecio mucho la amistad del señor Rouletabille.

—Sí, sí... la posición es embarazosa... y le sobra a usted delicadeza, señor Tournesol... Pero he aquí precisamente a la señora de Meyrens.

—Me pongo a salvo.

Pero no hubo medio. La señora de Meyrens, que acababa de llegar, columbró al señor Tournesol y se apresuró a agradecerle que asistiese, anteponiéndolo a todo, a aquella fiesta íntima. Y al decir esto, le apretó la mano de modo muy significativo, tanto que el señor Nicolás Tournesol se sonrojó a ojos vistas pensando que comprometía seriamente el honor del pobre Rouletabille... ¡Fuera delicadezas! A la postre no tenía por qué guardárselas a un José... que... En la guerra hay que ser guerrero... Se entiende en la guerra amorosa.

Cuando pasaron los invitados al comedor contiguo al estanque, el señor Tournesol no echó en saco roto que la señora de Meyrens fué a sentarse a su lado, provocando la estupefacción de todos y poniéndose en ángulo con él para chafarle el pie bajo la mesa.

Y la desvergonzada tenía para ello un pie respetable y sin los sabañones que atormentaban al señor Tournesol horriblemente...

—Bien me advirtió Rouletabille que era peligrosa esta mujer...

Lo raro era que Rouletabille no hubiera acudido aún y que la señora de Meyrens, harta de esperarle, ordenase que diese principio el almuerzo. Tal desahogo fué un jarro de agua fría para los comensales... Sin embargo, Juan y los demás nada repusieron, pesarosos ya de haber aceptado la invitación.

Sólo estaba realmente satisfecho allí el señor Croustillat, que conservaba su formidable apetito de siempre, y así se precipitó impávido sobre los entremeses y muy principalmente sobre una ensalada rusa, de la que dió tan buena cuenta como si fué un plato provenzal...

Frontero a él y mirándole con emoción, se hallaba colocado un señor llamado La Candeur, compañero de Rouletabille en la redacción de *La Epoca*, que asqueado de su estómago, no comía... y no comía además porque el casamiento de su colega con la señora de Meyrens... le cerró el apetito... No comía porque le hacía falta la presencia de Rouletabille... Otro repórter, compañero de aventuras de Rouletabille, un tal señor Vladimiro, se levantó y dijo:

—Lo que ocurre es incomprensible. Voy a telefonar a ver si logro saber qué ha sido de Rouletabille.

Y salió apresurado del comedor.

—Este simpático joven hace mal en criar mala sangre—dijo la encantadora señora de Meyrens, arrastrando las sílabas y cantando las palabras—. Rouletabille va a venir. Si se ha retrasado un poco, ello se debe a que hemos decidido los dos romper definitivamente nuestras relaciones...

Un ¡oh! de asombro y, hay que decirlo, de satisfacción al mismo tiempo, acogió la inesperada noticia. El señor Tournesol se sonrojaba más por momentos, mientras que sobre su pie sentía cada vez más fuerte la presión del de su vecina de mesa.

La señora de Meyrens continuó diciendo:

—Y hemos convenido los dos que él no se presente mientras que yo no me vaya. Señores... voy a despedirme de ustedes. Ya no me volverán a ver... No protesten... Sé lo que muchos de ustedes piensan de mí... No les guardo rencor. La fatalidad dispuso que no pueda querer a un hombre sin causar su desgracia. Sólo hay un ser, aquí presente, al cual jamás intimidé: es el señor Nicolás Tournesol. Nuestros corazones laten juntos y he de confesarles también que nuestros pies andan tocándose desde que empezamos a almorzar... Esta es una razón más, señores, para que yo desaparezca. Quiero salvar al señor Tournesol de mí misma. ¡Basta ya de catástrofes! ¡Señores, no han venido ustedes a un convite de esponsales, sino a un banquete fúnebre!... ¡Voy a suicidarme!

Todos se levantaron rápidos. Rostros espantados rodearon a la señora de Meyrens... El señor Tournesol se echó a llorar. El señor Crousillat se ahogaba y suplicó a Le Candeur que le golpease la espalda... ¡Aquello no era bromal! ¡Suicidarse teniendo delante comida tan espléndida!

Hacia rato que Juan no decía nada, pero observaba con curiosidad creciente a la señora de Meyrens, como si al fin aprehendiese algo que revoloteaba en su pensamiento y que rechazó un momento como fantasmagoría exagerada.

La señora de Meyrens durante su discurso conservó impresionante sangre fría; al decir en tono de mando «y ahora avisad a la funeraria», hizo un gesto de verdadera grandeza trágica...

Lucrecia, al anunciar a los gentileshombres de Ferrara que estaban todos envenenados y sólo les quedaba una hora de vida, no apareció tan fatídica como la señora de Meyrens con su invocación a la Funeraria... Todos se preguntaron si aquella rara mujer, a la cual se atribuían mil fantásticas peripecias, no iba a suicidarse con otro, cuando la presencia del enterrador dispó, afortunadamente, la macabra sospecha. El enterrador era el propio Vladimiro, tocado de peluca y sombrero como los que gastan los empleados de las pompas fúnebres y que ofrecía a la vista la más regocijante facha. Bajo el brazo traía un pequeño féretro, que colocó sobre la mesa y en el cual,

a modo de epitafio, se leía: *Aquí yace la señora de Meyrens, alias El Pulpo.*

Al mismo tiempo vieron todos que la señora de Meyrens se despojaba en un santiamén de su peluca y de los oropeles femeninos y caía la falda al suelo. Rouletabille apareció con su famoso terno a cuadros, coreado por los alaridos y clamores de los comensales.

Sólo Juan, que ya vió otra vez semejante transformación, no se asombró demasiado, y hubiera de pronto caído en ello, si no se diera, por prevención de Rouletabille, la comida en la hora crepuscular, cuya penumbra envolvió discretamente a nuestro repórter. Además, sólo unas bujías alumbraban la sala contigua al estanque.

Rouletabille tranquilamente depositó *los restos de la señora de Meyrens* en el pequeño féretro traído por Vladimiro y empezó así su oración fúnebre:

—La señora de Meyrens fué fusilada años atrás por espía en los fosos de Schlussembourg y allí fué enterrada. En mi último viaje a Petersburg me hice con papeles y legajos suyos, merced a los cuales pude resucitarla. Ello me sirvió no poco en mis tratos con la Administración del Estado, que no tuvo secretos para ella, y, por tanto, no los ha tenido para mí... Era éste un juego peligroso; tan peligroso, que al hablar en mis notas o apuntes de la señora de Meyrens, o sea de *El Pulpo*, empleé siempre la tercera persona. Así

me defendí de la citada Administración, cuya ingerencia o visita inoportuna en mi despacho temí a todas horas... En este asunto de los gitanos hube de engañar con los rasgos de *El Pulpo*, no sólo a la policía, sino a honorables personas, de las cuales solicito aquí muy humildemente perdón... ¡Que me perdone el señor Croussillat! Que me perdone el pobre señor Bartholasse, al cual no he invitado por temor a que le diese un ataque aplopético al conocer estas crueles revelaciones. ¡Que me perdone el señor director de la cárcel de Arlés!... Han de comprender estas honorables personas que, merced a mi disfraz, logré saber cosas que sin él hubieran quedado sumidas en eterno misterio... En fin, ¿no le fué fácil a la señora de Meyrens ir y venir sin peligro por Santas Marías del Mar e interrogar a los gitanos, cuando Rouletabille sólo a costa de su vida podía dejarse ver en Camargue? ¿Comprende usted ahora, señor Croussillat cómo Rouletabille sabía tan bien lo ocurrido en la choza de Zina? ¿Y comprendes ahora querido Juan, por qué a pesar de tus reproches seguía tratando a esa horrible mujer que no podías ver ni en pintura?

—Pero no sólo en pintura la vi...—exclamó Juan—, ¡Ah! ¿Qué me estás contando? ¿Pretendes ahora que desde un principio la señora de Meyrens has sido siempre tú? Pero yo te he visto a la vez a ti y a la señora de Meyrens... ¡Te he visto hablar con la señora de Meyrens!

—No, querido Juan. No me has podido ver. Viste a Rouletabille disfrazado de señora de Meyrens hablando con... No me toca decírtelo... Pues bien, sí... lo vas a saber... Aquel día... o, mejor, aquella tarde... me burlé bien de ti... Salí de la cárcel de Arlés disfrazado de señora de Meyrens, y tú me divisaste y me seguiste..., lo cual me contrarió bastante, y hasta me pregunté si habrías sospechado la extravagante comedia que estaba yo representando...: *ese secreto de la apócrifa señora de Meyrens era desde antaño demasiado precioso y peligroso en demasía para confiarlo a cualquiera, y menos a un impulsivo como tú*, querido Juan. Lo quería recobrar para mí... para mí tan sólo, y por ello resolví disipar tus sospechas si acaso nació alguna en tu espíritu. Entré en el hotel del Foro... permanente en la plaza atisbando mi ventana. Yo te veía... Mi cuarto estaba aún sumido en la obscuridad. Rápidamente, con una percha, un almohadón, el traje y la gorra de Rouletabille, construí un maniquí sentado en la silla y de espaldas a la plaza, y entonces dí yo, la señora de Meyrens, la luz eléctrica al entrar en el cuarto en que Rouletabille me esperaba... y así pudiste ver a la señora de Meyrens hablando con Rouletabille... ¿Estás ahora?

—¡Ah! Te creo... ya he caído... ya hemos caído todos en ello.

—Y yo, ¿cómo quedo?—dijo con acento dulcemente quejumbroso el señor Nicolás Tournesol.

Todos prorrumpieron en carcajadas. ¡Era tan graciosa la facha del pobre Tour nesoll

—Cuando recuerdo—agregó—que desde el comienzo del almuerzo me está pisando los callos. ¡Ah! No se me olvidarán mis conquistas en Sever-Turn.

—Consuélese usted, buen Tour nesoll — le espetó Rouletabille—; usted ha encontrado en mí a un verdadero amigo, y vale más a veces dar con un buen amigo que con una mujer... Ahora acabemos de una vez con la señora de Meyrens... Antes fué fusilada; hoy vamos a ahogarla... Me parece que después de las dos ejecuciones quedará bien muerta.

Y la ahogaron, en efecto, primero en abundante champaña y luego en el estanque, al cual arrojaron el féretro cargado de piedras *para que la señora de Meyrens no subiese más a la superficie.*

Apenas terminada la fúnebre ceremonia, se oyeron llamadas de teléfono. Le Candeur corrió a la cabina y al poco rato volyó:

—Esta vez es seria la cosa... Me acaba de comunicar el falso notición el mismísimo director: «Digale a Rouletabille que venga corriendo. Hay que poner en claro el notición que se está divulgando y es en extremo misterioso.»

—Naturalmente—exclamó Rouletabille levantándose—, lo contrario me asombraría; pero creo que hubiera podido aguardarse hasta mañana. ¡Qué profesión!

—Cállate—le espetó Le Candeur—; idolatras este oficio, pero esta vez me llevas contigo.

—Y a mí—suplicó Vladimiro.

—¿Y tú?—preguntó volviéndose sonriente hacia Juan—. ¿No quieres venir conmigo?

—No—contestó Juan, estrechándole afectuosamente las manos—. Corro al lado de Odette...

—Abrázala de mi parte y hazla dichosa, querido Juan, o... te mato.

—No me matarás... Merced a ti nada puede turbar nuestra dicha... a no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que la terrible Calixta...

—No tengas miedo. Le dije a Andrés que le pasase una argolla por la nariz.

FIN

Aventuras del «repórter» José Rouletabille.

—0—

Esta interesantísima serie de aventuras puede leerse en los volúmenes:

EL CASTILLO NEGRO: I. El terrible Goulow.—II. El corazón de Ivana.—LA EXTRAÑA BODA DE ROULETABILLE y ROULETABILLE EN LAS FABRICAS KRUPP